

The ethics of vulnerability: a feminist analysis of social life and practice,
Erinn Gilson, Routledge, NY, 2014, 202 páginas, ISBN-13: 978-0415656139.

Tres viñetas sobre sendas escenas para las que hoy el concepto vulnerabilidad sería sin duda el escogido, abren la obra de Erinn Gilson *The ethics of vulnerability: a feminist analysis of social life and practice*. Son escenas bien diversas que muestran la polisemia de la vulnerabilidad: enfermos de Hansen, más conocida como lepra; una familia siria-americana detenida durante tres meses sin cargos tras los atentados del 11-S; y, una viuda chino-americana que suple su soledad y necesidad de compañía, afecto, sentido y comunidad llevando dulces a sus vecinos/as. Para la autora lo que señalan estas viñetas es que la “vulnerabilidad es definida por la apertura y, más específicamente, ser vulnerable es estar abierto a ser afectado y a afectar de maneras en que uno no puede controlar. Cada historia indica además que, como disposición ética, la vulnerabilidad intersubjetiva es una cuestión de práctica.” (p. 2). Tres cuestiones recorren el libro: 1) dado que la vulnerabilidad es compleja, no puede haber una única respuesta ética; 2) la necesidad de (re)definir la vulnerabilidad; y, 3) la propuesta de que lo más importante sea quizás cómo gestionamos la vulnerabilidad en lo mundano, en las prácticas cotidianas, para la constitución de una ética desde la vulnerabilidad.

En efecto, Erinn Gilson entra sin pudor a un terreno pantanoso, el de ética de (o desde) la vulnerabilidad, pero al hacerlo se topa con un límite infranqueable: ha de des-(a)nuclar un concepto, el de la vulnerabilidad, demasiado reificado y cerrado. Así, la ética de la vulnerabilidad que da nombre al libro es más un horizonte que una propuesta cerrada y el texto termina reflexionando en sus seis capítulos sobre qué concepto de vulnerabilidad es comúnmente manejado, qué tipo de ética permite y la necesidad de otra concepción de la vulnerabilidad que posibilite una ética alternativa. Así, la (re)definición de la vulnerabilidad termina acaparando el texto, lo que lo hace, si se quiere, más interesante y necesario.

Organizado en tres secciones cada una con dos capítulos, el libro no pierde tiempo en ir a su tema central, la ética de la vulnerabilidad. En la primera parte, tras un excursus sobre la vulnerabilidad misma —como constitutivo de lo humano y, por tanto inevitable; ni excepcional, propio a ciertos sujetos o grupos (los muy jóvenes o los muy viejos, especialmente las mujeres), ni ligada a pasividad y falta de agencia—, la autora se acerca al tema central, el de la ética, a través de los trabajos de tres autores: Alasdair McIntyre, Roberto Goodin y Judith Butler. Si la autora reconoce el interés de los trabajos de MacIntyre y Goodin al situar ambos la vulnerabilidad en el centro de la ética (para el primero es el reconocimiento de nuestra común vulnerabilidad y dependencia lo que posibilita virtudes éticas, y para el segundo la vulnerabilidad genera responsabilidad y ética), los límites de sus teorías —por seguir ligando la vulnerabilidad a aflicción y dependencia— la conducen a acudir a los textos de Judith Butler que no deduce directamente la ética de la vulnerabilidad. En un recorrido complejo por unos trabajos que también lo son, la cuestión de la violencia aparece central. Violencia de la inducción política de la vulnerabilidad o *precariousness*, violencia de las normas que nos constituyen, violencia como respuesta a esas mismas normas. Aunque crítica con una vinculación demasiado cerrada de la vulnerabilidad como violencia de Butler y su excesiva abstracción, sus propuestas permiten plantear el

problema ético de cómo responder a esos impulsos de violencia. Se trata para la autora de construir una ética que sólo puede ser crítica y soportada en prácticas cotidianas, y apostando por modificar una comprensión deficiente de la vulnerabilidad que acompaña y sustenta esa violencia.

A ello dedica el resto del libro. En la segunda sección busca la transformación de nuestra ontología mediante una crítica a nuestras normas dominantes de la persona y la individualidad. Lo hace considerando, desde las críticas feministas, dos elementos centrales de la constitución del sujeto —que no es otro que el varón blanco, occidental, de clase media y sin discapacidad—: el ideal de invulnerabilidad y la idea foucaultiana del “sujeto emprendedor”. Ambos se apoyan en un rechazo a la vulnerabilidad, pero son marcos normativos que nos constituyen *violentamente*, y que terminan por “ignorar los lazos que nuestra vulnerabilidad compartida forjan entre nosotros” (p. 63).

Estos dos capítulos confirman la hipótesis de Gilson: que una ética de la vulnerabilidad requiere de una concepción más abierta, ambigua y ambivalente de la vulnerabilidad de la que se viene utilizando —igualada a violencia, daño, sufrimiento y ligada a debilidad, falta de agencia, feminidad—. Así el capítulo quinto busca a través de los trabajos de Maurice Merleau-Ponty, Gilles Deleuze y Hélène Cixous, una noción de vulnerabilidad como apertura al mundo constitutiva de las formas de relación, no sólo como situación sino como posibilidad indefinida, y ambigua (es actividad y pasividad, situación y posibilidad, etc.). Esta concepción la intenta aplicar a la “vida social”, al campo de la sexualidad y, específicamente, de la pornografía. Es éste quizás el capítulo menos logrado del libro en el que, aunque hay un intento de aplicar una noción alternativa de vulnerabilidad y una discusión muy interesante sobre vulnerabilidad-feminidad-agencia, no termina de verse con claridad su capacidad ejemplificadora.

En cualquier caso, la obra de Erinn Gilson es un imprescindible en tiempos de crecientes vulnerabilidades. No porque la autora proponga ni el camino, ni la necesidad de liberarnos de nuestra vulnerabilidad —un imposible si la vulnerabilidad es constitutiva—, sino precisamente porque se pregunta *qué* hacer con la vulnerabilidad cuando ésta “es entendida como susceptibilidad al daño, no el daño; la posibilidad de ser herido, no la herida. (...). Desde ese sentido, no puede predeterminarse que el resultado de la vulnerabilidad es negativo” (p. 23). La vulnerabilidad es una apertura de resultados indescifrables, capacidad de afectar y ser afectado por otros/as lo que abre amplias posibilidades para la construcción de una ética de y desde la vulnerabilidad en base a esos múltiples *afectos* prácticos, mundanos y cotidianos.

María Martínez